

—Cuando usted quiera, padre mio, ya le escucho.

## XI

### Misterios del corazón

El corazón de Elena se oprimió cruelmente cuando su padre le pidió un momento de atención.

Algunas palabras de Raquel le habían prevenido, pero de un modo vago, incierto, sin dejarla comprender lo que de ella se esperaba.

El padre y la hija hablaron extensamente.

Pudo vérselos abstraídos bajo las umbrosas alamedas, que por el influjo del crepúsculo vespertino semejaban, por su frescura, silencio y misterio, la nave de una catedral.

El marqués se expresaba con una tristeza que no trataba de disimular.

Su hija le escuchaba con atención, y su rostro no expresaba ni contrariedad ni placer.

Sin embargo, comprendía la enormidad de la desgracia que le amenazaba. Estaba completamente arruinada. Su padre no conservaba nada de su fortuna ni de la correspondiente á su madre.

Reducido á una confesión inevitable, la arrojó con la mayor nobleza, y acrecentó el valor de su conducta no ocultando nada á su hija, ni los defectos del ma-

rido que la destinaban, ni los vicios de la enorme fortuna que le ofrecían.

Elena lo escuchó todo sin abandonar por un momento su impassibilidad, y prometió una respuesta para algunos momentos después.

Cuando se separaron eran cerca de las siete.

Elena divagó un momento, á la ventura, bajo los grandes árboles, y reflexionando en lo que acababa de oír, sentía su pecho oprimido por horrible angustia.

Aquel matrimonio la causaba indecible horror.

Pero, ¿qué hacer?

No amaría nunca á Jacobo Mosés, es más, no tenía para él ni la cariñosa simpatía que nace de amistades antiguas y frecuentes. Sus ideas y sus pensamientos no se asemejaban en nada. El agua y el fuego no se diferencian más que aquella joven altanera y buena, orgullosa y noble á la vez que casta y apasionada, y aquel viejo de treinta años, con instintos bajos y viles, perdido en el inmundo lodazal de sus vicios, sin moral alguna y pervertido por las adulaciones de la canallesca servidumbre que le rodeaba y corrompía desde su infancia.

Caminaba la joven con la cabeza baja sobre el musgo, blando como un tapiz de Oriente, cuando de pronto se detuvo sobresaltada.

Un paseante solo como ella, y como ella preocupado, se le ha había puesto

delante diciendo con voz que hizo vibrar todas las fibras de su sentimiento.

—¡Elena!

Sus ojos se encontraron y hubo entre ellos un choque tan violento que la joven bajó los suyos, mientras su rostro se coloreaba intensamente á impulsos de la emoción que la dominaba.

Estaba, en verdad, encantadora, ostentando toda la lozania de su florida juventud.

Ni morena ni rubia, esbelta y admirablemente proporcionada, con delicadas y correctas facciones, era de los que los paseantes se vuelven á mirar con un murmullo de aprobación.

Los dos jóvenes dieron juntos algunos pasos sin pronunciar palabra.

Elena esperaba, y sin duda á Causседé le costaba trabajo empezar, porque se obstinaba en el silencio.

Por último se decidió.

—¿Es cierto?—preguntó con triste dulzura.

—¿El qué?

—Los rumores que corren.

—¿Qué rumores?

—Que tratan de casarte con...

El joven se detuvo. Una risa amarga crispó sus labios.

—Concluye—dijo friamente Elena.

—Con Jacobo Mosés.

Por el pronto la joven no respondió.

¿Por qué le hacia su primo aquella pregunta? ¿Con qué fin?

El marqués continuó:

—Escucha: la noticia ha estallado como una bomba... es el objeto de todas las conversaciones, desde hace un cuarto de hora.

—¿Y cómo ha sido eso?

—Es que todo se observa: se ha visto al barón con tu padre hablando con cierta vivacidad. Después te ha estado sermoneando un rato, sin duda, sobre la resignación que se impone. Te han visto; parecías una mártir cuando la conducen al suplicio.

—¡Oh!

—Sí, positivamente. La vieja duquesa lo decía: «Parece que esto va adelantando».

Y como en aquel momento pasó por allí Jacobo, le preguntó:

—¿Y qué me dice usted de todo esto?

—¿Y él contestó?

—Sí—dijo;—me es lo mismo, yo tengo que dar gusto á papá.

—¡Ah! ¿eso ha dicho?

—Lo que acabas de oír.

—Me parece que hubieras hecho mejor en guardarte esa noticia para tí solo.

Causседé se encogió de hombros.

—Eso sería bueno—continuó—si se tratara de un asunto del corazón; pero me parece que tú no estás muy interesada, y lo que es el...

—¿Qué quieres decir?...

—Seamos positivos, mi querida Elena. Tú estás en la situación de María Lec-

zinska, cuando la ofrecían el trono de Francia. Me engaño mucho si la pobre muchacha veía en aquel instante al novio, que ni siquiera conocía; lo que veía era el trono que debía ocupar. El trono que te ofrecen es bastante envidiable, sobre todo, si le comparas con el melancólico hotel de la calle de la Chaise.

Caussedé se había puesto grave al pronunciar estas últimas palabras.

La señorita de Villedieu no contestó más que con un suspiro.

Los dos jóvenes iban alejándose cada vez más, por un lado del parque casi desierto.

Llegaron á la orilla de un pequeño estanque, alimentado por un arroyo con alientos de torrente que se precipitaba por las asperezas de una cascada artificial. Una multitud de árboles y plantas acuáticas rodeaban las orillas.

Un magnífico sauce llorón se contemplaba en el espejo de las aguas, sumergiendo las puntas de sus ramas entre los juncos y las plantas de anchas hojas.

Una pequeña construcción, del pasado siglo, pero bien cuidada, ofrecía su abrigo á los paseantes enamorados del silencio.

El sitio era sumamente poético y merecería ser cantado en versos bucólicos por un émulo del abate Delille.

La puerta muy grande y con aspecto de pórtico griego, estaba abierta, dejando ver el interior amueblado con mue-

bles de la China; divanes forrados de seda y linternas de Kioto.

A fin de que nadie pudiera dudar sobre el primitivo destino de aquel asilo coquetón, llevaba en su frente sobre un amor esculpido en la piedra esta inscripción:  $\Sigma \rho \sigma \rho$

—¡Eros! ¡Amor!—dijo Caussedé tratando de recobrar su carácter frívolo.

—¿Qué oportuno, verdad querida Elena? ¿Entramos?

Ella se encogió de hombros é hizo un mohín con los labios que equivalía al consentimiento.

—Como tú quieras.

Vagos perfumes embalsamaban el ambiente. Sobre un magnífico jarrón de porcelana se ostentaba un enorme ramo de tuberosas.

—Las flores preferidas de Matilde, la ahijada del barón—dijo Elena—creo que la gusta mucho este pabellón.

Y en el tono con que la joven pronunció estas palabras, había como una sospecha de amargura.

—Un presentimiento—pensó Caussedé.

—Matilde está aquí en su casa—repliqué el marqués dulcemente;—me parece que no debes estar celosa de esa pobre joven, sin padre ni madre, casi sin nombre, que el barón ha tomado bajo su protección. Esta es quizá la única buena acción que tiene en su favor... ¡No se la reproches!

Y tomando á su prima por la mano,

la hizo sentarse sobre un ancho diván.  
—Pero ahora—continuó— olvidemos á los demás y hablemos de nosotros.

El corazón de Elena aceleró sus movimientos, mientras la joven se mordió los labios para ocultar su emoción.

¿Qué es lo que iba á oír? ¿Sería quizá la declaración tanto tiempo esperada?

Tuvo un momento de ilusión durante el que creyó tocar su felicidad.

—Estamos solos—empezó el marqués, y quiero aprovechar la casualidad que nos ha reunido, para explicarte lo que tengo en el alma, para decirte por qué he retrasado tanto esta confesión que tengo necesidad de hacerte.

La joven levantó los ojos y le animó con una mirada llena de agradecimiento.

—Es inútil, Elena—continuó,—que te diga hasta qué punto te amo; demasiado lo sabes.

—¡Yo!

—No trates de ocultarlo; es más, te diré que la afección profunda, apasionada, que tengo por ti, ha encontrado correspondencia.

—¡Huberto!

—¿Para qué negarlo? ¿Acaso los ojos de una muchacha candorosa y buena como tú no son un espejo que refleja sus pensamientos? Hace ya muchos años que constantemente, día y noche, pienso en ti; veinte veces he estado á punto de postrarme á tus plantas, de confesarte mi amor, mis deseos.

—¿Y qué te detenía?—murmuró Elena, embargada de felicidad.

Te contemplaba cada día más hermosa, más seductora, orgullosa y triste, y he tenido tentaciones locas de gritar: —Dejemos á Paris; vámonos lejos, muy lejos, á un rincón aislado donde vivamos olvidados, donde nosotros mismos lo olvidemos todo: el mundo y sus vértigos, el aire corruptor y corrompido que nos enerva, que nos destruye, que ahoga en nosotros todos los buenos sentimientos y que nos hace despreciar hasta el honor, que fué la segunda religión de nuestros padres... Después pensaba dónde ir, qué hacer... y he encontrado entre nosotros un obstáculo que no me es posible franquear.

—¿Cuál?

—¡La pobreza!

—¿Qué tu eres pobre?

—Sin duda, al menos por comparación.

Antes, en nuestro mundo, estabámos acostumbrados á fortunas modestas, honradas. Uniéndose dos medianías se procuraba un bienestar tranquilo; los hijos se dedicaban al ejército, al cuidado de sus tierras... Hoy si miramos en derredor no se ven más que fortunas monstruosas, lucha de vanidad, lujo increíble, castillos que encierran innumerables riquezas, servidos por un ejército de criados, bosques de caza con guardas innumerables... Yo tengo apenas cincuenta mil francos de renta; el barón Mosés gasta tres veces más para cuidar sus faisanes...

—El ni siquiera cuenta el dinero... no le gana, le...

Se detuvo á tiempo.

Sin embargo lo hubiera podido decir. Elena apenas le escuchaba.

Si había tenido algunos momentos de éxtasis cuando empezó á hablar Causse-dé, el éxtasis había terminado, el encanto estaba roto.

La pobre joven se había precipitado desde lo alto de sus ilusiones y estaba aturrida, lastimada; escuchaba la voz del bearnés, pero apenas si le entendía, indiferente á todo desde que se había convencido de que su pretendido amor no era bastante fuerte ni bastante animoso para salvar los obstáculos, cualesquiera que fuesen.

Elena estaba abatida con las manos caídas sobre las rodillas, la cabeza inclinada sobre el pecho, y los labios dolorosamente crispados.

Y como Huberto la mirase con compasión, asombrado del brusco cambio que en ella se había operado:

—Continúa—le dijo con tono glacial.

—Yo, que tengo todo lo más—siguió él obedeciendo á esta invitación—para asistir como espectador al triste espectáculo que nos ofrecen los contemporáneos, para pagar al sastre, á mi ayuda de cámara, mis caballos y mi asiento en la Ópera... ¿cómo podría permitirme el lujo de tener una familia?

Elena palideció horriblemente.

El Marqués trató de cogerla una mano, que la joven retiró con violencia.

—Tú te avergüenzas de mi cobardía, y tienes razón—siguió él en tono suplicante,—pero no se vive en esta época impunemente. Si yo me expreso con esta sequedad, es debido al despecho y á la desesperación. Tú eres la única mujer que he amado y deseo en silencio... y, sin embargo, no tengo suficiente valor para condenarte y condenarme al mismo tiempo á una existencia obscura, que sería sin duda la salvación para los dos y la felicidad para mí.

Todo el daño estaba ya hecho.

La desventurada Elena experimentaba en el corazón un frío que la estremecía de pies á cabeza.

Se replegaba sobre sí misma como una sensitiva tocada por manos brutales; hizo un esfuerzo para levantarse, pero el marqués, sujetándola por un brazo, la detuvo.

—Estás asombrada, Elena—continuó cariñosamente,—y seguramente te preguntas por qué te he traído hasta aquí si no tenía que confesarte más que mi cobardía.

—Es cierto.

—Escúchame hasta el fin y me comprenderás. Te harás cargo de la fatalidad que nos separa y me concederás tu perdón. Lo que tengo que decirte, lo que quiero que sepas, es que tengo para ti dos cariños, el del enamorado y el del que

lleva en las venas tu misma sangre; quiero decirte que mi corazón es tuyo y podrás disponer de él constantemente; que mi adhesión hacia ti es tan grande, que siempre podrás exigir de mí todos los sacrificios que una mujer puede esperar de un hombre que la pertenece; por último, que si adopto esta conducta de aislamiento y de frialdad, es porque persigo un fin y le espero con ansia.

—¿Qué fin?

—Mas adelante lo sabrás. Por ahora solo te diré, que sobre todo lo hago por tí, por tu honor y por el honor de tu nombre.

—¿Por mi honor, dices?—interrumpió la joven moviendo dolorosamente la cabeza.

—En efecto, eso he dicho.

—Pues no lo comprendo.

—Reflexiona... tu padre ha debido decirte alguna cosa.

—Sí, me ha dicho que no nos queda nada.

—Pues hay algo más. Tu padre ha labrado con su imprudencia un abismo tan profundo, que nuestros bienes reunidos no podrían tapanle.

—¿Es posible?

—¡Es cierto! El honor de que te hablo depende del barón Mosés. Este hombre lo tiene calculado todo, todo previsto.

—¡Ah!

—El convencimiento que tengo de que no podemos ser el uno del otro, es la cau-

sa de mi desesperación. ¿Cómo podría yo consentir que tu nombre quedara deshonrado por una bancarrota? Lo que sí hago, es un juramento y sabré cumplirlo: Cástate tú, que yo permaneceré soltero. ¡Mi corazón será tuyo para siempre!

—Tu corazón es mio — repitió amargamente la joven, — pero yo debo casarme con ese Jacobo Mosés.

Es por tu interés, y el interés es hoy el móvil de la mayor parte de las acciones.

—El, un...

—Qué importancia la religión... si él no te pide el sacrificio de la tuya.

—¿Y eres tú el que me lo aconseja, tú... tú!...

Elena se levantó bruscamente.

Comprendía que él tenía razón, y por lo mismo se la oprimía el corazón.

—Ya te lo he dicho todo—concluyó el Marqués,—conoces mi secreto.

—En adelante no saldrá nunca de mis labios y lo guardaré como una reliquia en el fondo de mi corazón.

Cogió la mano de Elena y la llevó á sus labios.

La joven no hizo ningún esfuerzo para retirarla.

Un ligero ruido de pasos que se escuchó por la próxima avenida, les obligó á separarse.

La joven salió precipitadamente y se perdió por un sendero del parque mientras el Marqués encendía un cigarrillo

en la puerta del pabellón para dar tiempo á que se alejase.

—Me ama—pensaba,—por ella sabré todo cuanto quiera y podré esperar mejor esa venganza que no la he querido comunicar.

En aquel momento, una joven de veintidos ó veintitres años, morena y esbelta, hermosa, pero de una hermosura picante y maliciosa, llegó á orillas del estanque, y al distinguir á Caussedé, dejó escapar un ligero grito de sorpresa:

—¿Usted aquí?—dijo la joven.

—Sin duda.

—¿Solo?

—Ya lo ve usted.

—Es muy extraño.

—No tanto como parece. ¿Y usted, qué viene á hacer?

—Busco un libro que he dejado olvidado.

—¿Cuál es?

La joven repasó su memoria y bruscamente dijo:

—El último número de la *Revista de Ambos Mundos*.

El marqués no pudo evitar una sonrisa.

—La *Revista de Ambos Mundos*—dijo

—¿Qué ocurrencia tan chistosa! ¿Usted, encantadora Matilde, lee esa vieja pendiente?

—Sí, yo, ciertamente, cuando no se tiene una peseta no hay más remedio que ser juiciosa.

—¿Y usted lo es?

Matilde suspiró graciosamente.

—Sí, cuando puedo,—respondió.

Y de pronto, como acordándose:

—¡Ah! se me olvidaba... la duquesa le busca á usted.

—¿La duquesa?

—Sí, la señora de Rochefide.

—¿Dónde está?

—La encontrará usted en la terraza, en compañía de Raquel.

Caussedé se volvió al hotel apresuradamente; pero aun no había andado cincuenta pasos cuando se detuvo pensando:

—He caído en el garlito como un imbecil... Matilde quería alejarme... ¿por qué? Y volviendo paso atrás cautelosamente, se ocultó detrás de un grupo de avellanos y penetró con sus miradas indiscretas en el pabellón.

—Está bien—pensó—esta tiene aquí el buzón de su correspondencia. ¡Oh, las mujeres!

Matilde, sentada en el diván, en el sitio que pocos momentos antes ocupaba Elena devoraba una carta que parecía interesarla vivamente.

La carta estaba concebida en estos términos:

»Querida mía.

«La suerte está echada. Me ha sido imposible obtener nada. Mi excelente padre quiere á toda costa casarme con una señorita de la aristocracia francesa. Pretende que es un golpe magistral. Ha puesto sus miras en una joven pobre, pero

bien nacida, cuyo padre está á su disposición; ya sabes quién quiero decir. Mi oposición se estrella con su firme voluntad, y, como hijo dócil, no tengo más remedio que someterme por completo. Insiste igualmente en sus proyectos respecto á ti, y me da una multitud de razones, que he tratado de combatir, aunque en vano. Ambos estaremos encadenados, pero con cadenas tan ligeras, que bien se podrían comparar á guirnaldas de rosas. Nada nos impedirá conservar esta amistad ardiente de que nos hemos dado tantas pruebas. Luis XV, después de casado, no dejó de tener encantadoras amigas.

»Nosotros tenemos derecho á imitar á los soberanos del antiguo régimen, puesto que somos los reyes en este agradable fin de siglo.

»Siempre seré el mismo, adorada mía, te lo juro. Otra podrá llevar mi nombre, pero tú sola poseerás mi corazón, y causarías mi mayor desgracia, si me quitaras siquiera un átomo del tuyo.

»Pero no lo harás, ¿verdad?

»JACOBO.»

«P. D. He dejado comprender á mi padre que me interesas vivamente, y me ha contestado que obstáculos que no me puede revelar se oponen á nuestra unión. Es un tirano; pero ¿qué hacer? Hay que someterse.

»J.»

Caussedé vió á Matilde suspirar profundamente, hacer un gesto de resignación y guardarse la carta bajo el corsé, y con miedo de ser sorprendido en sus funciones de espía, se esquivó con paso ligero, tratando de no hacer sonar la arena bajo sus plantas.

La joven permaneció un momento pensativa; después cerró una pequeña caja embutida muy disimuladamente en la pared, y se decidió á abandonar el pabellón.

A lo lejos se oía una campana que daba el primer aviso para la comida.

Matilde se dirigió con paso lento hacia el castillo pensando en su extraño destino.

No había conocido padres ni parientes.

Desde su más lejana infancia no recordaba más que una pequeña granja donde se había educado, en las inmediaciones de Plessis-Mortcerf.

Al salir de esta granja, pasó á un convento de Auteil, donde permaneció siete años, pasados los cuales la instalaron en un piso modesto, pero elegante, de la calle del Circo, donde recibía la visita de un hombre que se decía su tutor y cuidaba de ella, estando asistida por una vieja criada que compraba todo lo necesario sin decir de donde sacaba el dinero. La llamaban únicamente señorita Matilde, y nunca había podido saber otro nombre.

A las preguntas que dirigía á su tutor,